

NO HAY SOBREVIVIENTES (DIOS DEBE MORIR)

No hay sobrevivientes (Dios debe morir)

Por Patricio Dos Reis

Copyright 2019 Patricio Dos Reis

Smashwords Edition

Capítulos

0 Sobre cómo escribir un buen libro (Prólogo)

I-N

1 Mil novecientos noventa y dos

2 Sexo

3 Siemens A53 con chip CTI

4 Trabajo es dignidad

5 Todo es droga

6 Y, a todo esto, ¿Dios no hace nada?

II-R

7 De mis años (de escritor) en San Bernardo, Partido de La Costa

8 El increíble y maravilloso caso de la secuencia de números (sobre mi partida)

9 Ocho horas

10 Los días felices (de un hombre maduro)

III-M

11 Punto y coma

12 "Seol", "San Kwang" o "Zi Hong"

13 No hay sobrevivientes. Dios debe morir. Revelaciones.

El libro tatuado en Seol (epílogo)

Acerca del autor

Smashwords Edition Licence Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Licencia de uso para la edición de Smashwords

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de dirigirte a Smashwords.com y descargar tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

~~~

Donde hay dolor habrá canciones (acabo de perderlo todo)  
Carlos "El Indio" Solari (Bebamos de las copas lindas — Porco Rex)

## Sobre cómo escribir un buen libro (Prólogo)

Me recuerdo a mí mismo de niño —tendría unos seis o siete años— sentado a la mesa un domingo al mediodía junto a mis padres y mis abuelos. Dije una frase estúpida, creyéndolo algo especial: “Yo siempre dejo lo más rico para el final”. Mi viejo me contestó con simpatía y sin rastro alguno de malicia: “Yo también hago lo mismo”.

No sé si sentí mayor impacto ese día por el hecho de descubrir que no era lo especial que creía o si me impactó más el descubrimiento de que casi todos los humanos, en algún momento, empezamos a actuar de ese modo: reprimimos nuestros instintos animales para convertirnos en cristianos. El placer siempre debe estar precedido de un gran sacrificio.

Por supuesto, hay excepciones. Muchos ya descubrieron eso y decidieron seguir un camino alternativo: son los sucios y malos, asquerosos seres, ególatras, que nunca ponen la otra mejilla y viven mejor que el resto sin sentir remordimiento alguno. Afortunados ellos, que han podido escapar a la educación religiosa a la que todos somos sometidos por la pequeña familia o la gran familia o la familia universal.

Con el tiempo fui experimentando con comer lo más rico primero, pero nunca pude llegar a disfrutarlo del todo.

\*\*\*

No sé por qué al comenzar a escribir esto pensé en esa anécdota, pero al mismo tiempo no se me ocurre algo más indicado, porque de eso se trata este libro.

En fin, yendo al grano: en ocasiones me pregunto cómo se podría hacer para escribir el libro perfecto o ideal. Se positivamente que este no va a serlo, ni pretende serlo. Pero, ¿puede escribirse el libro ideal, es decir, aquel que tenga todas y cada una de las palabras tan perfectamente medidas, estudiadas, delicadamente seleccionadas, para ser perfecto? Parece difícil. En algún detalle hasta el mejor autor se tiene que haber equivocado.

Bien, entonces ¿hay una forma ideal de escribir un libro? ¿O hay varias versiones ideales del libro que uno quiere escribir? Esto parece más razonable. Pero ¿qué es ideal a la hora de escribir? El autor, el escritor, busca la mejor forma de redactar una historia, sin embargo, ¿no es acaso la mejor forma aquella que es más espontánea y fiel a la idea original? ¿Es, quizá, la más brutal y simple de todas las formas de contarlo? ¿Por qué no? ¿Por qué sí? ¿Cuántos potenciales buenos libros no lo fueron o no lo serán por esa absurda obsesión por vejar y desgazar la idea original?

Las escuelas, los talleres, todo se trata de enlatar. Y no solo para la literatura, ni mucho menos. Otras artes, como la música o el cine, la pasan peor. Enlatar, enlatar, enlatar. Buena edición, pulir, adaptar a los sentidos enlatados y formateados de los receptores y que alguien más pueda patrocinar y financiar sin sonrojarse.

Quizá escribo con este nivel de desenfado porque estoy demasiado ebrio.

Pero, sinceramente, me sentiría cerca del libro perfecto si logro que el lector no vuelva sobre sus pasos, que no retroceda, que no relea. ¿No les sucedió tener que releer una y otra vez un párrafo? Y en libros presumiblemente buenos, de autores muy valiosos. Eso es doloroso, tanto para el lector como para el escritor (que, afortunadamente, no lo sabe) porque indica una desconexión en el proceso de transmisión artística entre esas dos partes. Si en algún momento quien lee este libro debe retroceder en algún párrafo, por mínimo que sea, me voy a sentir muy fracasado en mi objetivo. Posiblemente no me entere, así que eviten hacérmelo saber. Gracias y disculpas por la pérdida de tiempo.

\*\*\*

Jorge Luis Borges, de quién su obra embadurnada de erudición no me fascina particularmente (y pido disculpas por el pecado que acabo de confesar), hace algunas observaciones maravillosas vinculadas a algunos aspectos que quiero tratar en esta suerte de prólogo. Hay, por ejemplo, una frase muy simple y a la vez profunda en su relato *There are more things* del *Libro de arena*. No voy a ir a buscar el libro y copiarla textual, así que la voy a escribir como la recuerdo (si coincide es casualidad pura): "A menudo los hombres olvidamos que somos muertos hablando con otros muertos".

En el relato *La Biblioteca de Babel*, de *Ficciones* se destaca el *leitmotiv* de un número finito —aunque enorme— de libros de cuatrocientas páginas. Ahí puede estar el libro perfecto. Aunque, por otra parte, el libro perfecto es aquel que, como es aplicable a toda obra de arte, causa la conmoción indicada, y eso depende del lector. Quizá, algún día, supercomputadoras podrán crear sin problemas todos los libros de la Biblioteca de Babel de contar con el suficiente tiempo, pero, ¿podrán esas supercomputadoras elegir el libro perfecto de cuatrocientas páginas?

Otro aspecto en el que, a mi juicio, Borges es muy atinado es en *Utopía de un hombre que está cansado*, también del *Libro de Arena*, aquella leyenda en que un hombre llega al futuro y se encuentra con otro que le indica, en un pasaje de la historia, que no tiene sentido que se escriban tantos libros y que se registre una cantidad de información tan grande que nadie puede leer. En el mundo de hoy, en el que hay tantos libros y registros que nadie puede leerlos todos, el libro perfecto está tan oculto como en la Biblioteca de Babel. Es, quizá, como el amigo perfecto, la persona cien por ciento afín a otra. Si están ahí como algo objetivo, que es independiente de la intervención de la mente del que lo busca, entonces acaso son granos de arena en el desierto, mejor, átomos de helio en el sol: apenas uno más entre una cantidad descomunal y absolutamente inalcanzable.

De todos modos, está claro que lo mejor de producir arte es que algo de lo que uno generó queda dando vueltas y produce un efecto. Quiero decir que, aunque me maten por despecho en el intento de vivir, aunque me muera de cáncer en el camino, aunque termine siendo un drogadicto que se aniquila con una sobredosis de heroína, no importa, esto va a sobrevivir un tiempo. No digo que para bien, está claro. Pero lo que se produce suele sobrevivir al autor. Y generalmente lo que sobrevive en algún momento será maravilloso, porque lo hizo un muerto, un tipo que jamás va a poder volver a hacer nada que mejore lo que ya hizo: posiblemente ahí el libro más cercano al libro perfecto, el libro de un muerto. No importa si el muerto antes era negro o blanco, judío o católico, heterosexual u homosexual, hombre o mujer, si se murió no puede mejorar su obra, por lo que su obra es la mejor posible. Y siempre es buena, aunque en vida hubiese sido obvio que era patética.

Por eso me veo obligado a escribir el mejor libro que pueda, uno que sea genial cuando este muerto. Y eso es fácil, porque únicamente tengo que competir conmigo, solo me resta esperar mi deceso.

En algún punto a veces tiendo a creer que los escritores son todos más o menos lo mismo o, al menos, cuentan con herramientas muy parecidas. En ocasiones, más allá de su talento o ingenio, resultan geniales o no dependiendo del lector, del dinero para financiarse o del rédito político que pueda obtenerse de sus palabras o sus acciones. Sin embargo, quizá, solo quizá, es en la forma de arte en donde cuenta mucho más la propia capacidad que los recursos disponibles para hacerlo.

Y, en verdad, ¿qué diferencia concreta existe entre la literatura y el chismerío de barrio? Poca, realmente. La literatura suele disfrazarse de culta, pero se interesa por las mismas cuestiones mundanas. Analistas políticos y autodenominados "intelectuales" se explayan sobre la salud de la primera dama o los romances secretos del presidente. Los escritores de ficción suelen recurrir a la sexualidad o a la violencia como método de engendrar "best-sellers". Todo es morboso, aunque fácil de disfrazar de decencia e indignación. "Guácala, que rico", reza el nombre de una canción de la banda de "rock" *Molotov*. De algún modo, esa paradoja me parece una buena síntesis de la hipocresía humana. Hipocresía que no sólo se hace presente en la literatura, claro.

Entonces, creo que escribir es para todos. Solo se trata de escribir una buena historia, una historia con elementos que llamen la atención del lector. De todos modos, él ya sabe que lo que vas a volcar en letras tiene una importante componente de mentira. Quizá apelar al morbo y la incorrección moral es, paradójicamente, el camino correcto. No lo olvides: no hay sobrevivientes. No seas pacato, no vale la pena. Dale, escribí tu libro de cosas mundanas, pero hacélo lo más interesante posible. Y si querés hacerlo comercialmente largo para que el lector pague por peso de papel impreso o por cantidad de palabras escritas y no se sienta estafado, exagerá descarada y absurdamente el más común y simple detalle y dale una relevancia que no tenga: ¿de qué color eran las cortinas de la habitación? ¿Cuántos forúnculos tenía en la cara la cajera adolescente de *Burger King*?

Es posiblemente cierto que una imagen puede decir más que mil palabras. Sin embargo, mil palabras contienen miles y miles de imágenes en las mentes de los diferentes humanos que las materializan en tales, miles de sabores, miles de sentimientos, aromas o texturas. El escritor tiene la ventaja de que cada cerebro humano puede adaptar varios parámetros de la historia según su conveniencia o deseo.

"Pero mi vida no es interesante". Ja, claro que no. La vida de casi nadie es interesante, por no decir de nadie. Por eso, al igual que el periodista o el historiador, el escritor miente. No solo ficciona, miente. Relata cosas inverosímiles aunque a la vez sean realistas o estén basadas en la realidad. Las exagera, apila una sucesión de hechos, posibles quizá, pero estadísticamente excluyentes. Y ahí es donde juega su juego el lector, que puede creer, querer creer o hacer caso omiso a lo absurdo del relato.

En fin, es claro que prácticamente todas las vidas son aburridas, pero he ahí la magia de tipos como Bukowski o Kerouac, relatar lo cotidiano con ingenio y creatividad literaria.

También es cierto que lo que no se dice, a menudo es más poderoso que lo que sí. ¿Por qué el silencio es más incómodo que la peor de las palabras? porque el silencio implica la incertidumbre de no conocer las palabras en la mente del otro. Pocos factores son capaces de desatar un grado de histeria mayor en el humano que la incertidumbre. Pocos humanos son capaces de decir que no saben, prefiriendo siempre aventurar, al menos, la más incoherente de las respuestas.

Saber escribir es también saber qué no escribir.

Por último, quería comentar una observación que he hecho a lo largo de los años y creo que estoy en condiciones de dar por cierta: estoy bastante seguro de que para escribir bien hay que vivir mal. El arte es cosa de infelices. El que persigue la felicidad mediante la escritura y la narración es como aquel que quiere apagar un incendio de aceite con agua.

No hace falta ser experto en literatura para escribir, pero sí estoy seguro de que es muy útil ser experto en infelicidad para hacerlo bien. El escritor (y esto es algo que aprendí especialmente ejerciendo de tal durante mi estadía en San Bernardo) puede pretender escribir sobre la realidad, parte de ella o ficcionar absolutamente todo lo que vuelca. Pero no tiene caso si es demasiado feliz: ¿qué clase de persona lee y disfruta de libros en donde todo es color de rosa? Eso no sucede ni siquiera en las novelas más empalagosas, donde siempre hay infelicidad implícita, alguna muerte, algún malvado o malvada que amarga la historia de amor central. Y no digo que ni en las historias de niños sucede porque esas son las más crueles: tengo de testigos a Caperucita Roja que perdió a su abuelita para luego ser devorada o a los herederos de la viejita bruja y caníbal oportunamente calcinada por Hansel y Gretel, en la versión edulcorada de aquella historia, por cierto.

De lo que sí estoy seguro, por otra parte, es que no existe absoluta linealidad entre ese dolor y la calidad de la escritura y la prolificidad, porque de ser así ya sería un Nobel de literatura. Hace años.

\*\*\*

I—N

## Mil novecientos noventa y dos

Más tarde que temprano descubrí que el vino es una de las cosas más absurdas que ha inventado el ser humano. Y no digo el hombre, porque no sé si lo inventó un humano macho o un humano hembra.

La gente hace cosas idiotas, como llevarse a la boca el líquido de un vaso, habiendo llevado primero el líquido de otro contenedor al propio vaso, líquido que otro llevó de un contenedor mayor al contenedor menor. Eso y hacer piruetas con una bicicleta en un balcón para tener más visitas o “likes” en su cuenta de *Youtube*.

Me siento no menos idiota escribiendo esto. Empezando a redactar con ayuda de anglicismos que no puedo evitar. Seguramente, el control remoto de tu televisor dice *Netflix*. El anglicismo me supo bancar, un poco. Pero poco me banqué que tenga un botón que en cinco años no te va a servir para nada. Cierto es que a mi nunca me sirvió para nada. Aunque llegó un punto en que dejé de tolerar completamente los anglicismos de otros: “delivery”. Luego se sumó “take away”. Más tarde será “here is your ticket”. Y solo falta “here is your”, porque el “ticket” ya está entre nosotros hace tiempo. Y es la Biblia de la sociedad de consumo (o mejor que la Biblia, porque el ticket al menos dice la verdad).

La historia de este libro es tan inconducente como la introducción a él. Es inconducente porque lo que aquí vuelco es el resultado de un largo vuelo de millones de pasajeros que ya cayó en picada. Como siempre: no hay sobrevivientes, por lo tanto, no hay nadie para leerlo. El mundo va hacia su colapso definitivo, pero el Universo no. Impactante: va a haber silencio en el espacio exterior por siempre, porque el sonido no viaja en el vacío. Pero en las proximidades al sol, como en otras estrellas, las explosiones serán ensordecedoras. Para nadie, si es que los animales terrestres somos las únicas formas de vida capaces de oír el sonido. Y para nadie, de todos modos, porque parece difícil que alguna forma de vida pueda acercarse al sol o a cualquier estrella sin convertirse en materia incapaz de oír sonidos.

Hagamos algo: te desafío a que no te aburras y cierres este libro en cinco minutos. Si lo cerrarás, yo gano. Si te deshacés de él, gano el doble, porque tarde o temprano vas a necesitar conseguir otro para ver de qué iba.

\*\*\*

Mi historia empieza en el año mil novecientos noventa y dos. No me preguntes la fecha exacta: tengo una memoria ridículamente mala. Si no soy un pez es porque mi hiperhidrosis me pone las puntas de los dedos tan arrugadas que no es calificable como cualquier cosa mejor que una tortura insoportable. Si tuviese que escribir esto en papel duraría muy poco, lo borraría con el sudor que chorrea de mis palmas. Posiblemente eso le haría un bien a la humanidad, si es que esta tuviese algún futuro.

En mil novecientos noventa y dos yo tenía solo diez años, pero me sentía más adulto de lo que mi edad mandaba. Especialmente cuando veía de reojo a los nenes más chicos de la escuela haciendo fila junto con nosotros en la siempre nublada, fría y deprimente mañana de los días de clases (juro que en mis recuerdos de aquello no hay un solo día soleado). Por eso y porque ya era un experimentado lector de cuentos aptos para todo público y de enciclopedias. “Especie de tumorcillo, muy maligno”, decía la enciclopedia *Salvat*, de impresión en hojas ásperas y doble columna. Así empezaba su descripción para el cáncer. Y aunque a menudo la releía no dejaba de impresionarme.

Durante esos años empecé a sentir los cambios de la pre pubertad. Una época que es efímera, pero que en el recuerdo dura una eternidad. Y, también en el recuerdo, es más dulce, feliz y valiosa de lo que realmente fue. Es cierto, por ese entonces es cuando amanecen algunas de las sensaciones más impactantes de la vida. Entre tantas cosas, uno empieza a sentir el olor de su propio sudor y a ver como sus compañeras de clase empiezan a contornearse ligeramente en sus remeras blancas de educación física, a veces manchadas de ese sudor, lo que por entonces resulta extrañamente excitante. Y esas sensaciones motivan a descubrir más y más.

Y un día algún compañero de clases traía una primicia: una chica y un chico de séptimo grado tuvieron sexo en el patio, mientras todo el mundo estaba en clase y, presumiblemente,

nadie los miraba. Ella le practicó sexo oral. Cuando algo así sucedía era perturbador, pero no nos escandalizaba tanto quizá: en última instancia, eran ni más ni menos que los adultos de la escuela, adultos de doce o trece años pero adultos para nosotros. Y alguno de los chicos había conseguido revistas y videos prohibidos para menores que nos dejaban ver más claramente que era el sexo oral del que hablábamos secretamente, como vulgaridad prohibida sin saber muy bien de que se trataba. Acaso nos escandalizaba un poco el punto al que eran capaces de llegar esas personas de las fotos y los videos, cosas que jamás se nos habían cruzado por la cabeza aun habiendo repetido groserías adultas que lo retrataban en palabras muy elocuentes. “¡Fa, que asquerosa!”, decía entre la incredulidad y la excitación un amigo mientras mirábamos, atónitos, las escenas borrosas de un VHS pornográfico. Tampoco éramos del todo conscientes de que aquellas mujeres y aquellos hombres llegaban a lo que el dinero de otros los empujaba, más que su propia voluntad o deseo.

Lo perturbador se convertía en palpitations y cosquilleos que, para entonces, se sentían indescriptibles y novedosos en el propio cuerpo virgen. No puedo evitar pensar que prácticamente todos los humanos que llegan a la pubertad pasan por esto, de una u otra forma, en los pueblos más remotos y en las grandes ciudades modernas, en el pasado tan lejano que el bronce aun ni existía como en el futuro que nunca llega porque es, ilusoriamente, el infinito. Esto hace al humano enternecedor y a la vez repugnante, sumamente frágil y al mismo tiempo sádico. ¿Soy acaso un pervertido por recordar lo que recuerdo y narrar lo que narro? Bueno, quizá. Depende del observador, como el tiempo y el espacio (y eso no es relatividad, relatividad es otra cosa, evitémonos las berretadas).

\*\*\*

¿No te preguntaste desde que iniciaste tu lectura a qué voy con esta historia? ¿Por qué estoy narrando todo esto? ¿Qué significa que “no hay sobrevivientes”? Si te lo preguntaste, es bueno porque tu mente está sana. Y te lo voy a contestar ahora, así podés cerrar el libro si eso es lo que te incomoda: voy a que ya llegó el final y nosotros seguimos por inercia. ¿No te diste cuenta, acaso, de que el siglo XXI es una estela inmundada de finales del siglo XX? ¿Cuál ha sido la cultura del siglo XXI? Gente tocando una piedra negra que emite luces de colores. Gente enviándose cartas y fotos que cabalgan sobre ondas electromagnéticas, como ya lo hacían otros un siglo atrás o más en papel escrito o impreso. Gente inmersa en el puterío viejo con nuevas tecnologías. Los genios de la CIA crearon *Facebook*. O lo dejaron crecer. Convirtieron a *Google* en una extremidad más de nuestro cuerpo. El virus está en todos los cerebros y es imposible de desactivar. Toda la energía creativa es canalizada en tirar a la basura esa misma energía en un pozo en el que todos tiran su basura pensando que es valiosa y que el pozo es el Tercer Testamento. Soy testigo del final de la historia de la humanidad. La historia de todas las vidas es también la historia de mi vida. No puedo narrarla desde otra perspectiva, así que tengo que empezar por narrar lo que a mí me pasó y terminar narrando lo que aun me pasa. No es egocentrismo, en serio. Es lo único que tengo. Por eso quiero hacer algo distinto, romper con la monotonía. Todo sabe a lo mismo. La música y los libros, el arte, todo es como un gran “talk show”. Y volvieron los anglicismos de mierda. Creo que es cuestión de tener el coraje de hacer algo un poco diferente. Está todo inventado, sí, pero no puede ser de otro modo si todos tratan de mantener una estructura mínima. No pienso (ni se me ocurre siquiera) que esto que escribo pase por las manos de un editor. No manoseen mi brutalidad. Frases cortas, ¿y qué? Bifurcaciones sin razón, si ¿y? ¿Qué tanto de lo que voy a narrar acá es fantasía y que tanto es realidad? ¿Qué tanto me pasó realmente y qué tanto estoy inventando? No te lo voy a dar enlatado, y a diferencia de toda esa basura que lees y ves por internet yo soy honesto en mi propósito: te cuento de antemano que esto es pura ficción barata. Y es tan poco pretensioso que hasta puede ser infinitamente pedante.

\*\*\*

Mil novecientos noventa y dos es el año de mi primer muerto: mi compañero de banco había sido víctima del cáncer. Recordé, varias veces después de ello, una tarde que estuve en su casa y aparecían dos o tres imágenes en mi memoria. Si tuviese que expresar en palabras lo que recuerdo de eso, éramos los dos jugando en una tarde exageradamente clara y soleada, a la vez que sobre una mesa de luz había un televisor que se apoyaba sobre un mantelito blanco tejido.

Esta escena no tiene sentido alguno, pero era lo que recordaba años después y es lo que recuerdo de mis recuerdos (sí, soy redundante a propósito).

Tiempo después, también, me pregunté si el día en que a él se le mutó la célula que originó el tumor no había algún agente capaz de hacérmelo a mí también: PCBs, radiación, pesticidas. No sé. No sé, tampoco, si eso fue el origen de pasar mi vida sintiendo que voy a morir todo el tiempo. Es cierto, todos sabemos que vamos a morir tarde o temprano, pero la sensación de que la muerte es inminente es bastante angustiante. Con el tiempo termina cansando un poco y uno se habitúa a la fuerza. En mil novecientos noventa y dos conocí a la muerte de cerca, me di cuenta de que estaba más al alcance de mi mano de lo que realmente había podido ponderar hasta entonces.

Pasaron uno, dos años y seguí siendo un pibito revoltoso que de tanto en tanto se agarraba a trompadas con sus compañeros. Nada fuera de lo normal. Para nada estudioso pero con una madre responsable y dedicada, y suficiente astucia como para, aun así, colarme en el grupo de los mejores alumnos de la clase.

Y un día llegué a tener doce años. Fue por entonces cuando sucedió el cambio más importante de mi vida hasta ese momento y tal vez hasta el día de hoy. Recuerdo bastante la noche en que pasó. En la televisión pasaban una película argentina cómica, de esas que me provocan una ligera nostalgia y una profunda angustia, que me resultan más entristecedoras que humorísticas. Me acuerdo de mi cama marinera, de mi cuerpo sobre ella y de la pared blanca de la habitación, sobre la cual habíamos dibujado logos, escudos y escrito frases porque se había caído una porción considerable del revoque fino formando un agujero parecido a los contornos de Mongolia. El aire me empezó a faltar, noté un cambio negativo en mi cuerpo. Me sentí morir, esa misma noche.

\*\*\*

Pasaron los años y oscilé entre hipocondría, depresiones y ostracismo. Mi enfermedad, mental o no, lo potenció. Soy y seré una persona antisocial. No me gustan demasiado los otros: el común de la gente habla sin escuchar más que sus propias palabras, si beben es para escucharse a ellos mismos y olvidarse del resto del planeta. Actúan una película barata en la que todos simulan todo el tiempo, falsean para revolcarse, y niegan hasta el último segundo que quieren revolcarse. Pero, por sobre todas las cosas, carecen absolutamente de buen humor. Creo que el buen humor es poder compartir felicidad con otros, el humor de las personas egoístas (es decir, todos) es reírse fácilmente de los otros y ofenderse con igual facilidad, carecer de capacidad de reírse de uno mismo. Radiografía con más nitidez no se me ocurre para clasificar a la humanidad con la que me tocó lidiar. Es fácil deducir que mis encuentros con amigos, especialmente en grupo, fueron prácticamente inexistentes. Mis amigos fueron prácticamente inexistentes, a decir verdad. No es fácil para mí ni para mis potenciales amigos que esa amistad prospere.

La pubertad, la escuela secundaria, todo eso para mí fue, sencillamente, un período oscuro. No me llevaba bien con nadie, eran épocas en las que mis compañeros más fieles eran la música, de Kurt Cobain a Mozart, de Beethoven a Axl Rose, de Queen a mi guitarra, algún que otro libro y, especialmente, los videojuegos, la única falopa que por entonces necesitaba y con la que podía pasar horas y horas hasta la madrugada sin darme cuenta de la existencia del reloj, falopa en la que a veces, aun hoy siendo adulto, tiendo a recaer.

Por entonces, pensaba: "algún día voy a tener veintiún años, voy a ser mayor de edad y voy a ir al médico yo solo, para que me diga la verdad". Sospechaba que mi madre hablaba con los doctores para que ellos me dijese que no iba a morir, que mi salud estaba perfectamente bien cuando, en realidad, agonizaba. Llegaría a los veintiún años un tiempito después, siendo más parecido al pibe de la secundaria que al de veintiuno de mis fantasías.

Fui al médico varias veces, pero ninguno nunca me dijo que me moriría pronto.

\*\*\*

## Sexo

Aprendí de esas experiencias a perderle el miedo a la muerte. Solo me asustaba no terminar mis proyectos, como tengo terror ahora de no terminar este libro, por ejemplo. O la infelicidad. O el sufrimiento de aquellos que siento cercanos, que aun le temen a la muerte y no entienden lo efímero de la existencia individual y lo valioso de la existencia colectiva. No hay forma de evitar lo efímero de la existencia individual. Me suele venir a la mente con relativa frecuencia la idea de que en solo unos ciento y tantos años habré muerto con seguridad hace ya bastante más de cien, un siglo, al menos, siendo silencio absoluto. Lo único perenne de los humanos es la persistencia de la humanidad, que también es efímera. Y esto no pretende ser un libro de autoayuda. No hay persona más tóxica que una persona como yo, si es que ese término vale de algo más que de consuelo para personas que leen libros de supermercado y tragan tres pastillas por noche para poder conciliar el sueño.

\*\*\*

A veces me sorprende lo fácil que me resulta escribir. Es cierto: mi pluma es rudimentaria. No hace mucho aprendí el significado de palabras como “oxímoron” o “eufemismo” y muchas veces vuelvo a olvidarlo, o las uso incorrectamente. También es verdad que nunca nadie usa esas palabras en la cotidianeidad. Los escritores e intelectuales (vaya uno a saber que sea eso) las utilizan, en ocasiones, para encriptar sus pensamientos también rudimentarios. Creo que, además, el español es un idioma pomposo y pretencioso. En chino haber y tener se dicen igual. En inglés ser y estar también pueden escribirse igual, las palabras son más breves y humildes, la conjugación verbal suele seguir reglas bastante simples y no existen ejemplos absurdos como “voy—ir—yendo—etc.”. Creo que solo los alemanes nos igualan en el nivel de arrogancia gramatical y aun así no tienen un idioma tan caótico y complicado como este.

\*\*\*

Supongo que me quedé estancado en la idea aquella del principio de cómo escribir un buen libro y el hecho es que estoy dando vueltas para contar lo que me proponía en este capítulo.

No miento si digo que nunca le pagué a una prostituta por sexo y que jamás lo haría. Está claro (y me avergüenza un poco decirlo) que la razón por la que ello no sucedió no es el respeto a la persona o una cuestión empática siquiera, de hecho pienso que quizá eso me hace responsable de que alguna que otra mujer se haya quedado sin una parte de su ingreso diario en alguna ocasión. Tampoco es por crearme demasiado digno o moralmente superior, desde ya. Es porque me molesta hacer lo que hay que hacer, lo que todos o casi todos harían. La televisión, con la que me llevo mal desde siempre y lo haré hasta mi muerte, si es que algún día al fin llega, naturalizaba en entrevistas cordialmente humorísticas la experiencia de debutar con una mujer *de la calle*. Si la televisión, el medio de difusión masivo en boga en mi infancia, me decía que lo debía hacer, era porque algo malo tenía que haber en ello.

Luego fueron algunos amigos, o conocidos, tipos cercanos. Parecía que todos se habían iniciado en el sexo gracias a la existencia de la prostitución.

Creo que el acercamiento al sexo, a la conciencia de que tal cosa existe, llega paulatinamente gracias a las groserías que uno aprende de los adultos y los compañeros de clase o amigos de la calle (que lo aprendieron de los adultos). Y de la educación cristiana que recibimos los que vivimos en una cultura cristiana, aunque supongo que es más o menos igual con muchas otras religiones. La religión se encarga de decirnos que hay algo que a casi todos los humanos puede causarles placer y que por ello no hay que hacer jamás. Bueno, excepto si tiene un fin utilitario: crear más humanos para que engendren más humanos. Es parecido al concepto capitalista del trabajo, ser productivos para la humanidad, para que esta sea aun más productiva para la humanidad. Y así.

Claro que, llega un punto en el camino del desarrollo en el que uno empieza a experimentar cosas físicas, sensaciones. El origen, en mi caso, lo recuerdo perfectamente. Fue un ensayo de un acto al que no tenía interés alguno de asistir (ni al acto ni al ensayo). El acto escolar nos involucraba a dos chicos y a dos chicas. Nos encontramos en la casa de una de ellas para ensayar. El otro muchacho era bastante amigo mío, para lo que consideraba amistad

en aquellos momentos. Por entonces, teníamos once años y, después de esa tarde, yo le conté a mi amigo que me gustaba una de las chicas, Marina. No me pareció para nada inesperado que su respuesta a eso fuese que le sorprendía mi confesión ni tampoco su propia confesión de que a él le gustaba la otra, Clara. En realidad a casi todos les gustaba Clara. No sé si a mí me gustaba más Marina solo por rebeldía o porque realmente me maravillaba su peculiaridad, incluso sus orejas insólitamente grandes para una niña. Clara era demasiado perfecta para gustarme. Las orejas de Marina eran únicas y hermosamente extrañas, Clara no tenía nada comparable a ellas. Todo en ella era diminuto, armonioso, frágil y común. Caras como la de ella se veían en la televisión, y si estaban allí entonces no podía simpatizarme demasiado su aspecto, más allá de que se trataba de una chica tierna y respetuosa.

\*\*\*

Descubrí poco después que los varones podían autosatisfacerse al ver cómo, con absoluto descuido y total desfachatez, uno de los chicos con los que solíamos jugar a la pelota en el club de verano lo hizo una vez en el vestuario. Obviamente repetí su ejemplo en cuanto me fue posible. En principio no había nada que perder. El miedo y la excitación de la primera vez de cualquier cosa que experimentemos nos graban detalles en la mente y eso nos permite recordar fotográficamente lo sucedido. Recuerdo varias cosas que pasaron esa noche, cosas totalmente desconectadas del hecho en sí, pero no me interesa contarlas aquí, no porque me avergüencen puntualmente sino porque son realmente intrascendentes y aburridas.

Por supuesto que pensé muchas veces en Marina y algunas otras en Clara mientras me exploraba, como también en otras chicas. Me pregunté varias veces que pensaría alguna de ellas si pudiera verme a través de una bola de cristal, como una hechicera de cuento de hadas: ¿Sentiría orgullo? ¿Sentiría vergüenza ajena? ¿Espanto? ¿Curiosidad? No sé por qué, pero tengo la idea de que casi todo humano que pudiera saber que semejante acción le es dedicada tenderá a experimentar cierto grado de vanidad, quizá porque casi siempre el humano tiende a los pensamientos vanidosos en cualquier situación.

\*\*\*

En resumen, iba a que no le pagué jamás a nadie para mantener relaciones sexuales y eso me hizo descubrir el sexo de una forma diferente a lo que era común por entonces. Mi primera experiencia fue con una persona que, a diferencia de mí, ya había pasado por ello (al menos una vez, de eso podía dar fe) y prefiero no hablar de ella en esta instancia del relato, porque ya me encargaré de eso más adelante.

Lo pienso hoy y me pregunto si esa no fue, en definitiva, la gran maldición que me llevó a este final, si no podría ser un humano común y corriente en lugar del ser mentalmente asolado que soy hoy. Y no encuentro forma de eludir una respuesta afirmativa.

\*\*\*